

7.º Acabemos este párrafo con este último consejo que quisiéramos ver escrito con caracteres de oro: *Dad á los niños una educación que podríamos llamar eucarística.* Todo catequista habría de hacer á Dios una promesa semejante á la que (en sus predicaciones) hizo el P. Herman, de santa memoria, esto es, la de no hacer nunca el Catecismo sin hablar de la Sagrada Eucaristía.

La Eucaristía es el centro de toda la religión; para nosotros la Eucaristía es todo. El Dios del cielo es el Dios de los bienaventurados; pero el Dios de la Eucaristía es el nuestro, el Dios de los viandantes, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consejero, nuestro consuelo, nuestra fuerza. La Eucaristía es como el fin para que hemos sido bautizados; hacia ese alimento divino se dirigen todas las energías de esta divina vida engendrada en nosotros por el bautismo. Esta vida divina no puede durar ni perfeccionarse sin que vayamos á restaurar sus fuerzas en el adorable Sacramento.

Si Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado fuese conocido, sería amado y no veríamos á la mayor parte de los hombres tan alejados de él que ni aun en la Pascua se acercan á recibirlo ó lo hacen como forzados. Hablad, hablad muchas veces á los niños del Huésped del Tabernáculo; hacia El haced converger todo lo que les enseñáis, especialmente al tratar de los misterios de la Encarnación y de la Redención. Afianzad su fe en este punto, despertad en su corazón afectos ardientes de amor por este grande y santo amigo que vive tan cerca de ellos. No temáis interrumpir de vez en cuando vuestras explicaciones diciéndoles: “Ya hace media hora que estamos

tan cerca del buen Jesús, repitémosle el acto de amor... un acto de deseo de la santa Comunión para que venga á visitarnos por la comunión espiritual.” Enseñadles á hacer piadosamente las visitas al Santísimo; en una palabra, enseñadles á amar al que debéis amar también tan entrañablemente. En tiempo más ó menos lejano vuestros discípulos tendrán la dicha de hacer su primera comunión; recordadles muchas veces ese gran acontecimiento de su vida. Dadles una noción precisa de lo que es comulgar; enseñadles, con el Concilio de Trento, que la Eucaristía es el pan de vida, el *medio principal* de alimentar y sustentar la vida sobrenatural y el remedio de nuestra debilidad. Combatid las fatales doctrinas del jansenismo que matan las almas. No vayáis á proponerles como el ideal la comunión pascual que es el *non plus ultra* de condescendencia de la Iglesia, antes bien la comunión diaria á la que cada uno habría de aspirar en cuanto le fuere posible.

§ III.—Atractivos del Catecismo.

1.º Suponiendo que vuestra explicación tenga las cualidades arriba mencionadas, habéis de ir aun más adelante. Porque con todas estas preciosas cualidades de que no podéis prescindir, á la larga cansaríais á los niños si no procuráseis además tomar todas las medidas posibles para agradar y conmover sus corazones. Para esto habréis de mezclar en medio de vuestra explicación algunas comparaciones, parábolas, ejem-

plos. Así lograréis una atención de que no tenéis quizás idea. Ya sobraré la lista de los ausentes porque tendrá el Catecismo para los niños un atractivo inexplicable. ¡Cuántas veces no hemos visto en San Sulpicio á los niños echarse á llorar porque no podrían asistir al Catecismo! Pero por el contrario ¡cuántas veces los hemos visto saltar de gozo en sus bancos al saber que tal ó cual día no habría Catecismo! ¿Y por qué? ¿No teníamos entonces la culpa? Sí, porque no supimos interesarles. Veamos uno por uno los medios con que se ha de ingeniar el buen catequista para atraer y ganarse esas queridas almas tan difíciles de conquistar.

2. ° COMPARACIONES.—Muy raras veces hablaba el Divino Salvador á los niños y á los pobres sin explicar su doctrina con algunas comparaciones caseras. Cuando San Francisco de Sales exponía á los niños las verdades de la fe, “las comparaciones le nacían como por encanto; así es como supo mantener siempre atento á su auditorio infantil.”

Decían de cierto catequista: *Los niños ya no lo oyen, sino que se lo beben.* Este resultado no podrá obtenerse por la exposición desnuda de la doctrina.

Emplead las comparaciones sacadas de los objetos conocidos de los niños y que puedan relacionarse con la verdad que les estáis declarando. Exponedlas con brevedad, porque son sólo accesorias; no las multipliquéis demasiado para no distraerlos de la verdad que han de entender.

3. ° PARABOLAS.—Las parábolas son comparaciones que se revisten de alguna figura ó ficción histórica para aclarar una verdad moral; en esto también tenemos el ejemplo de nuestro Divino Maestro. Las parábolas son excelente medio de declarar mejor las verdades, de interesar y mover á los niños, porque la imaginación ayuda en gran manera su entendimiento.

4. ° EJEMPLOS.—Cuando hubiereis instruido á los niños sobre un punto moral, acudid á los ejemplos para cercioraros de que os han entendido. Preparad para los niños algunos casos de conciencia sencillos para que los resuelvan aplicando la doctrina que acaban de oír. Supongamos que les habéis expuesto la doctrina relativa á los juramentos hechos sin respeto y sin necesidad, y pongamos un ejemplo: Luis jugaba á los bolos; sus compañeros le han acusado en falso de hacer trampas en el juego. Jura que no hubo trampa de su parte. Uno de sus acusadores llega á abofetearle. Lleno de ira Luis jura tomar venganza. Vuelve á casa llevando aún las señales del bofetón. Su madre le pregunta si ha reñido; y el pobre Luis tiene la flaqueza de negarlo y de confirmar su mentira con un juramento. ¿Cuántos juramentos ha proferido Luis? Contémoslos bien. ¿Qué pensáis del primero, del segundo y del tercer juramento?

OTRO EJEMPLO.—Habéis hablado de los pecados interiores y decís: Pablo vió un hermoso reloj en el aparador de un relojero. La puerta está semiabierta; Pablo extiende la mano para cogerlo, pero el relojero viene y Pablo se escapa

sin robar el reloj. ¿Pensáis que sea ó no culpable de robo? ¿Podrían cogerle los guardias civiles?

Estos ejemplos bien propuestos son muy á propósito para penetrar bien la doctrina y grabarla.

5. ° HISTORIAS.—¿Será calumniar á los niños si los llamamos golosos de historias? La verdad es que si no tenéis historias que contarles, difícilmente lograréis hacerles gustar el Catecismo. La historia reúne en sí todas las ventajas de las comparaciones, de las parábolas y del ejemplo; aclara las inteligencias, mueve el corazón y á veces puede convertir á un pecador. Esta sola palabra *una historia* produce en los niños un efecto mágico. La promesa de contarles una historia les tiene atentos hasta el fin del catecismo. Un buen catequista ha de estar como si dijéramos en caza continua de historias y tomarse el trabajo de apuntarlas sin tardanza en un cuadernito para aprovecharlas cuando se presente ocasión. La mejor colección de ese género es la que cada cual se va haciendo porque estarán más adaptadas á vuestro carácter y á la capacidad de los niños á quienes habéis de enseñar.

Las historias que acopiáis han de ser verdaderas; no las inventéis. Las historias apócrifas antes dañan á la religión que la sirven. La historia ha de ser seria; si no tiene más objeto que el de hacer reír, distraería á los niños y les haría perder el respeto debido á la divina palabra. Ha de hacerse notar por el fondo de las cosas ó porque ha pasado en el país, ó porque las personas débiles como nosotros han sabido encontrar en

la gracia la energía de la virtud, lo que nos incita á imitarlas, puesto que recibimos los mismos auxilios.

Con los niños es muy importante dramatizar las historias representando con viveza los hechos acaecidos, haciendo hablar á sus personajes, entablando entre sí diálogos á lo menos verosímiles si no recordáis las palabras mismas del historiador. Haced de manera que los niños crean ver y oír á los heroes de la historia que les referís.

Muchas veces la atención de los niños podría fijarse en pormenores accesorios; es menester fijarla en el asunto principal y no interrumpir la narración con preguntas. Apuntad sobre todo las historias que encontráis en la Sagrada Escritura ó en la vida de los Santos: las de la Sagrada Escritura son las más auténticas y encierran en sí cierto germen de salud eterna. Leedlas atentamente, y aprended á saber leer más de lo que hay, de modo que podáis suplir los pormenores omitidos por el historiador sagrado. Lo que éste dice, puede hacer os adivinar lo que no dice. Una lectura atenta y detenida os permitirá, quedando siempre en la verdad, dar vida á esos hechos tan auténticos al par que tan conmovedores.

Haced con paciencia una buena colección que os pueda servir; esto no impide que os podáis procurar algunos libros á propósito para enriquecer vuestro tesoro. Con estas industrias el Catecismo será para los niños una recreación de mucho agrado: acudirán con mucha puntualidad, os oirán con gusto y amarán la

religión que les suministra tan puros y tan dulces placeres. (1)

6. ° PREMIOS.—No somos insensibles á los premios, y por consiguiente mucho menos lo serán los niños. Pero ¿cómo encontrarlos? En las alabanzas que sabréis dar á los niños, en las distinciones honoríficas, en las buenas notas, en estampas ú objetos de devoción, en libros.

Bueno es acostumbrar á los niños á los nobles sentimientos de pundonor y de vergüenza. Alabad sus pequeños adelantos para premiarlos y lograr otros mayores. Al mismo tiempo usad de alguna palabrita que les haga devolver esta gloria á Dios como único manantial y principio de todo bien. Excitaréis así su ardor sin despertar su vanidad.

Tened algunos puestos de honor, algunos cargos, como por ejemplo, apuntar las notas, las ausencias, y reservadlos para aquellos que más se aventajen por su instrucción y buena conducta. Dad notas, advirtiéndoles que con ellas pueden los niños ganar modestos premios: medallas, rosarios, escapularios, estampas ó libritos como la *Imitación de Cristo*, *Visitas al Santísimo Sacramento*, etc. (2)

El Santo Concilio de Trento recomienda muy encarecidamente estas distribuciones de premios,

1 Un modo muy excelente de no encontrarse nunca desprovisto, consiste en hacer encuadernar su Catecismo insertando en cada hoja una ó dos hojas de papel blanco. En éstas se apuntan comparaciones fáciles y al alcance de los niños, cuentos y ejemplos breves, pero llenos de interés.

2 Vease el apéndice segundo.

y los mejores catequistas las han explotado con éxito felicísimo.

7. ° CASTIGOS.—Aunque estos no tengan ningún atractivo, sin embargo deben tener su lugar al lado de los premios, y no podemos separarlos de aquellos.

A pesar de todos vuestros esfuerzos, no hallaréis la misma facilidad en dirigir á todos los niños: pues entre éstos encontraréis algunos flojos, distraídos y á veces díscolos, á quienes será preciso castigar.

Para que sean útiles los castigos, han de ser raros; de lo contrario, se acostumbrarían á ellos sin hacerles mella ninguna.

En cuanto á las faltas de travesura y de genio, lo mejor es hacer la vista gorda; pero de tal modo que el niño sepa más tarde que las habéis advertido, sobre todo cuando os veáis obligado á castigarlas. Avisadles con bondad antes de castigar, y si es preciso valerse de este último remedio, hacedlo de modo que los niños entiendan que lo hacéis muy á pesar vuestro; así el castigo les será mucho más sensible y provechoso.

No seáis apresurado en castigar. Si estáis excitado, contentáos con anunciar el castigo para el fin del Catecismo; sin esto, excederíais los límites de la prudencia, escandalizaríais y agriaríais los ánimos en vez de domarlos. Dios no bendice lo que nace del primer ímpetu de la naturaleza.

Estáis muy sobre aviso, pero se presenta un niño algo grosero é insolente; anunciad algún castigo, sin decir cuál, para el fin de la reunión. Si el niño se enmienda, podréis mitigar la pena. Echad siempre algunas gotas de aceite sobre la

llaga con buenas palabras. En general, una palabra á la vez severa y paternal, dicha en particular, produce más fruto que una reprensión pública.

Si prevéis que un niño resistirá, dirigidle una mirada severa, decidle una palabra enérgica, laconica; pero no le exijáis lo que pudiera quizás rehusaros. Muy vergonzoso sería trabar lucha con él y más aún quedar vencido.

Si fuera menester echar á alguno, esperad si se puede al fin del Catecismo para decírselo. De ordinario su expulsión ha de ser por poco tiempo, para poderle recibir de nuevo cuando vuelva acompañado de sus padres.

Si por fin este desventurado viniera á provocar, no le echéis nunca por vosotros mismos, sino acudid al sacristán ó algún otro para que lo eche fuera.

Los castigos ordinarios son: las malas notas, escribir la lección, el banco ó cuadro de ignominia, ponerlos de rodillas; en este último caso, más vale llamar al niño cerca de sí y hacerle arrodillar en medio de la iglesia ó capilla. Aislado y fuera de su lugar estará menos expuesto á resistir ó á tomar alguna vengancilla de su humillación, distrayéndose á sí mismo y á los demás.

8. ° Encontraréis quizás á algunos muy cortos de talento, incapaces al parecer de aprender nada. Con estos también hay que valerse de alabanzas que los alienten. No les echéis en cara su incapacidad ni uséis de castigo cuando no saben contestar. Hacedles preguntas sencillas á las que no tengan que responder más que sí ó no. Por ejemplo: "Hay tres personas en Dios, ¿verdad?"

Estas tres personas son Padre, Hijo y Espíritu Santo: ¿verdad?" Para facilitar su instrucción, ayudadles con algunas estampas ó cuadros que representen las principales verdades de la Religión.

Podrías asimismo llevarles delante de un Crucifijo, delante del Sagrario, á la fuente bautismal, al confesionario, á la sagrada mesa, explicándoles su uso y al mismo tiempo enseñándoles los principales dogmas de la Religión.

9. ° Para acabar esta primera parte, digamos una palabra acerca de las fiestas del Catecismo.

Lo extraordinario agrada mucho á los niños. Algunas solemnidades os servirán para romper la monotonía, escogiendo alguna de las fiestas de la Santísima Virgen y dos ó tres fiestas de los santos patronos de la niñez, verbigracia las de San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kotska, Santa Filomena, etc.

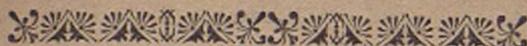
Se podría adornar é iluminar la capilla del catecismo, rezar y hablar de las virtudes del Santo y proponer alguna resolución práctica.

En las grandes solemnidades de la Iglesia, se podría tener algún ejercicio semejante, ó el mismo día (si se pueden juntar los niños) ó en el catecismo anterior ó posterior á la fiesta. Los versos recitados por cuatro ó cinco niños inteligentes y poco tímidos, serían el mejor modo de hacerles tomar interés por vuestro Catecismo.

10. Aprovechad todas las fiestas de la Santísima Virgen para dar á conocer á los niños á tan tierna Madre y para excitarlos á que la veneren y honren. ¡María ha tomado tanta parte en el misterio de la Redención del mundo! Gran parte

tiene también en la salvación de cada alma en particular.

¡Qué hermosa tarea la del catequista que se esfuerza en inculcar á los niños la verdadera devoción hacia María Santísima, y enseñarles á acudir siempre al amparo de tan tierna Madre que es el canal de las gracias de Dios! Obrar de este modo es asegurar casi infaliblemente la salvación de esas queridas almas. Estos niños formados del modo dicho, serán entonces más capaces de entender la significación de esa consagración á María con que se suele concluir el hermoso día de su primera comunión.



SEGUNDA PARTE.

EL CATECISMO EN ACCION.

No es fácil expresar por escrito una lección de Catecismo. En las contestaciones de los niños hay muchos incidentes que es difícil de prever de antemano. Además, el principal medio de llegar á interesar y á instruir á los niños consiste en tener alerta á todo ese menudo auditorio haciendo repetir á diez, veinte ó más niños una respuesta difícil ó una definición importante. Esas repeticiones tan naturales durante el Catecismo son fastidiosas en un libro.

Los ejemplos que vamos á exponer bastarán para dar una idea del método que se ha de seguir. Pueden suplir, á nuestro modo de juzgar, la experiencia que un catequista bisoño pudiera adquirir asistiendo á varias lecciones dadas por un catequista experimentado.

Hemos multiplicado las lecciones más de lo que pudiera hacerlo un catequista que dispone de poco tiempo, pero lo hacemos para que no se juzgue demasiado larga su lectura. Quizás parezcan también muy recargadas de historias, de ejemplos y de episodios; pero el fin que nos proponemos en estas pocas páginas es compendiar los varios incidentes que pueden acaecer, y ex-